MIGUEL DE SAN ROMÁN

Almas vulgares...

BOCETO DE COMEDIA

MADRID
Sociedad de Autores Españoles.
Núñez de Balboa, 12.

1907

Miguel de San Román.

Estrenado en el Teatro Lope de Vega de Valladolid

el 27 de Febrero de 1907.



VALLADOLID

Establecimiento tipográfico de F. Santarén.

1907

A Don Serafín

y Don Joaquín Álvarez Quintero.

Quiero que al frente de mi primer ensayo de comedia vayan los nombres de los ilustres autores que ocupan entre mis admirados el primer lugar.

Y sólo siento que sea tan mezquina la ofrenda como es efusiva la dedicatoria.

Miguel de San Román

Valladolid, Marzo de 1907.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LAURA.	Sra. Mesa.
MERCEDITAS.	Srita. Sánchez.
FÉLIX ROLDÁN.	Sr. Morano.
LUIS..	» Rodrigo.
DON PACO..	» Porredón.
PEÑALBA.	» Sánchez.
UN CRIADO.	» Azaña.

La acción en Madrid.—Época actual.

Las indicaciones del lado del actor.

ACTO ÚNICO

Gabinete en casa de Luis. Buen gusto y sencillez en decorado y muebles; más arte que ostentacion. Puerta al foro y laterales; la de la derecha comunica con el despacho de Luis.—Tarde de otoño.

ESCENA PRIMERA

LUIS, FÉLIX, PEÑALBA

LUIS Nada tiene usted que agradecerme. Yo también soy joven y siento grandes entusiasmos y simpatías por la juventud que trabaja. Animo, mucho ánimo.

PEÑALBA (Que es un jovenzuelo tímido, premioso de palabra, respetuoso y un poco aturdido.) Yo... ya ve usted... ¿qué he de desear? Ver si me abro camino en Madrid. En provincias no se hace nada.

FÉLIX ¡Bravo, joven! Hay que tender el vuelo más alto. El Arte se impone.

PEÑALBA Ya sabe don Luis mis entusiasmos... mi afición...

LUIS No he tenido aún tiempo de lèer el entremés que me entregó usted el otro día. Pero lo leeré, lo leeré, amigo Peñalba, y le manifestaré sinceramente mi opinión.

PEÑALBA Es un ensayo ¿sabe usted? Nada más que un ensayo.

FÉLIX Por algo se empieza.

PEÑALBA Quisiera estrenarlo en Madrid; naturalmente. En provincias no se hace nada. No voy á pasarme la vida en la Redacción de «El Noticiero», con quince duros de retribución.

FÉLIX ¡Claro! Hay que tener más ambiciones.

LUIS Haré cuanto pueda en obsequio de usted. Y puesto que desea consultar unos libros, puede pasar á mi despacho. Ya sabe que pongo á su disposición mi biblioteca.

PEÑALBA Entonces. . con permiso... abusaré de su amabilidad.

LUIS Con entera confianza... Está usted en su casa.

PEÑALBA Mil gracias... Con permiso. (Saluda á Félix y entra en el despacho)

ESCENA II

LUIS y FÉLIX

LUIS Es un buen muchacho... Algo tímido. Y tiene, tiene ingenio.

FÉLIX Estás hecho un Mecenas de menor cuantía.

LUIS Mejor debiera solicitar protección que otorgarla. Pero, en la medida de mis fuerzas, le favorezco lo que puedo. Es hijo de un antiguo amigo de mi padre, y además creo que tiene temperamento, alma de artista, como tú y como yo. ¡Ah, el Arte es lo único que dignifica y eleva á las almas, iluminándolas como en una transfiguración!

FÉLIX Veo que continúas tan soñador y tan exaltado como antes. No has cambiado absolutamente nada.

LUIS Ya conoces mi carácter, mi manera de ser. Siempre aspirando á batir el vuelo sobre las mezquindades de lo vulgar. Así eres tú también; no sé por qué me hablas, en tono zumbón, de mis chifladuras, cuando estás tú más chiflado que yo.

FÉLIX ¿Más?

LUIS — Sí. Recuerda que de tí aprendí á amar lo bello sobre todas las cosas. Cuando yo comencé á escribir versos, ya hacía tiempo que tú manejabas el cincel... ¡Qué tiempos aquellos, querido Félix!

FÉLIX — ¡Es verdad! ¡Qué tiempos aquellos!

LUIS — Pasan rápidos; pero su recuerdo no se borra. Tú has progresado más que yo; vas mucho más de prisa.

FÉLIX — Te encuentro muy desanimado.

LUIS — Es que tardo en *llegar*. Hay momentos en que pienso en romper la pluma y arrojarla al rincón de los trastos viejos.

FÉLIX — Haces mal en desfallecer. Estudia, trabaja

LUIS — Se dice muy bien eso. ¿Y cuando los estudios son estériles y no hay recompensa para los trabajos?

FÉLIX — Se sigue esperando que vengan el fruto y el premio.

LUIS — Eres muy optimista. Como vienes ahora de Italia, cargado de laureles y con la miel del triunfo en los labios...

FÉLIX — Tampoco en lo de la impaciencia has cambiado nada.

LUIS — Sí, llámame impaciente; pero considera que me encuentro en circunstancias bien distintas. Estoy casado, tengo un niño, sano, coloradote..

FÉLIX — Sí. Y mofletudo. Conozco el modelo: un angelote de retablo. Ya verás cuando tengas media docena más, todos iguales. ¡Una delicia!

LUIS — ¿Te quieres callar?

FÉLIX — ¡Casarte! Ese ha sido tu gran desacierto.

LUIS — ¿Desacierto?

FÉLIX — Si no te gusta la palabra, lo llamaré barbaridad. ¿Estás conforme?

LUIS — Ahora el exaltado eres tú.

FÉLIX — Y tú el primo, que es peor todavía.

LUIS — ¡Félix!

FÉLIX — Lo dicho, amigo poeta. El arte y la mujer son incompatibles.

LUIS — No tanto...

FÉLIX Completamente incompatibles. Habla á tu mujer de la acentuación de un endecasílabo ó de la evolución de las ideas estéticas, y verás, verás que caso te hace. ¿O te has casado con una... intelectual?

LUIS No; siempre me han fastidiado las mujeres eruditas ó sabihondas. Mi mujer es... como todas las jóvenes de hoy día... Una de tantas.

FÉLIX Y ¿eres feliz en tu matrimonio?

LUIS (Secamente) Sí.

FÉLIX Del tono en que me has respondido, deduzco que no lo eres tanto como pensaste serlo. ¿Me equivoco?

LUIS Tal vez no

FÉLIX Me alegro.

LUIS ¡Hombre!

FÉLIX Repito que me alegro. Si estuvieras soltero, como yo, te verías libre y errante como un pájaro. Tú sòlito te metiste en la jaula, y, una vez dentro, te dejarás cortar las alas sin decir pío. Bien empleado te está.

LUIS Si el caso es que yo no debiera quejarme. Mi mujer es buena, fidelísima, cariñosa... A mí me parece bonita...

FÉLIX Entonces...

LUIS Ya te he dicho que es... una de tantas.

FÉLIX ¡Ah, y tú querías una mujer excepcional, monstruo, con dos cabezas ó cuatro pares de brazos, para exhibirla de feria en feria y ganarte la vida como pregonero de barraca?

LUIS No bromees, que estoy hablando en serio.

FÉLIX Pues ¿qué tacha tiene tu mujer, para que no seas feliz con ella?

LUIS Que no es «mi ideal».

FÉLIX Explícate.

LUIS Es... un alma vulgar. No convive conmigo esa vida espiritual, un poco romántica, tal vez, de que tanto gozamos en aquellos tiempos á que me refería antes. Si la hablo de conceptos altos, de abstracciones exquisitas, no me entiende, me llama raro. No es artista...

FÉLIX Ya, ya; tú soñabas en casarte con una Musa

vaporosa y aérea, hecha de luz y de perfumes como la que cantas en tus versos. Y te has encontrado con una mujer de carne y hueso, que prefiere á tus alejandrinos rotundos los figurigurines de «La Moda Elegante» ¿Acierto?

LUIS — No del todo. No es mi mujer aficionada con exceso á las modas.

FÉLIX — Pues gustará de alguna otra frivolidad. Conozco bien esos espíritus femeninos, que tú—con un adjetivo impropio, pero expresivo - solías llamar «estoposos». Además me atrevo á presumir que tu esposa no es tan soberanamente bella como tu poética deidad soñada. Tú te habrías imaginado un rostro perfecto, ovalado, impecable, de nariz griega—¿no es así?—Y á lo mejor, tu mujer es chata.

LUIS — ¡Félix!

FÉLIX — No te enfades, hombre. ¿Vas á tomar á pecho mis chanzas de siempre? Para mí, las narices de tu mujer son sagradas.

LUIS — No consiento que te burles de ella.

FÉLIX — Pero sí has de tolerarme que me ría de tí. ¿Por qué te casaste?

LUIS — Porque me enamoré.

FÉLIX — ¡Tonto!

LUIS — Es tan linda, tan agradable... A propósito: quiero que la conozcas. Te presentaré (Toca un timbre). A ver qué me dices de mi gusto.

FÉLIX — Lo habrás tenido bueno, indudablemente.

CRIADO — (En la puerta del foro) ¿Llamaba usted?

LUIS — Dí á la señorita que haga el favor de venir. (Mutis el Criado)

FÉLIX — Yo también soy como tú, soñador y romántico. Pero soy más reflexivo, y sé que las Musas sólo existen en las fantasías calenturientas, y no se pasean por la Castellana con traje gris-perla y sombrero de plumas moderno estilo. Por eso no me casé. Por eso no me casaré nunca. No habría mujer que supiera comprenderme.

LUIS — Ni aguantarte.

FÉLIX — Gracias. Has echado mal genio. Yo, en cambio,

continúo con mi buen humor. Ya verás mi estudio, qué alegre.

LUIS — No estará tan cuidado ni tan limpio como mi despacho. ¿Te has fijado? Mira, ven... (Tratando de llevarle al despacho)

FÉLIX — Ya, ya me he fijado. Todo muy atildadito, muy pulcro. Se adivina la mano primorosa de tu mujer. Mi estudio está tan sucio y tan destartalado como aquellos camaranchones de marras donde comenzamos nuestra vida bohemia. Allí nadie se cuida de nada. Pero el Arte es más puro, más ingenuo. Las mujeres... interinas son más artistas que las propias. Ahora visto á mi modelo... la Coral,—¿te acuerdas?—aquella rubia tan hermosa, tan... (Haciendo ademan de gallardía de formas)

LUIS — Sí, sí...

FÉLIX — Bueno; pues la visto de griega cuando me pongo á trabajar. Enseño á la chiquilla á adoptar actitudes gallardas y gestos olímpicos, y ¡si vieras cómo aprovecha mis lecciones! ¡Qué ropajes! ¡Qué paños! ¡Qué formas, chico! Envuelta en la túnica, y con su cabello rubio rojizo partido en crenchas, parece una figulina de Tanagra.

LUIS — No te entusiasmes tanto.

FÉLIX — ¿Te doy envidia?

LUIS — Algo echo de menos aquella época bulliciosa. Ahora para mí la vida es bien distinta... Más plácida, más serena...

FÉLIX — Más aburrida.

LUIS — No quise decir tanto.

FÉLIX — Lo digo yo. Estás como los niños del limbo. Vives sin placeres, sin expansiones jubilosas y libres... ¿Por qué no vienes conmigo á ver á la Coral? Está muy guapa...

ESCENA III

Dichos, LAURA. (Sale por la izquierda. Trae un periódico en la mano. Félix, sentado de espaldas á la puerta, no repara en la presencia de Laura y continúa hablando con una frescura envidiable. Luis, lo más disimuladamente posible, le hace señas de que se calle.)

FÉLIX Tan ideal, con su espléndida cabellera rubia... Y, luego, aquella amplitud de formas...

LUIS Laura...

FÉLIX (Levantándose rápidamente, un tanto turbado.) Señora...

LUIS Te he llamado para presentarte á mi amigo Félix Roldán, antiguo compañero mío, y una notabilidad como escultor... Mi esposa...

FÉLIX Tengo mucho gusto... Y tú podías haber suprimido lo de la notabilidad.

LAURA Luis me ha hablado muchas veces de usted. Ya sé que le han premiado en Roma, y me complazco en felicitarle.

FÉLIX Mil gracias, señora.

LUIS ¿Para qué traes esto? (Señalando el periódico—una Revista de Modas,—que trae Laura.)

LAURA Estaba con Merceditas, viendo unos figurines...

LUIS ¡Mi primita! Niña más insustancial! Sólo piensa en estos adefesios. (Deja la Revista sobre una mesa, de donde la toma Félix, que se pone á hojearla.)

LAURA ¡Qué rabia le tienes!

LUIS Me aburre su charla frívola y ligera, su puerilidad constante. Será siempre una chiquilla sin juicio.

FÉLIX ¿De modo que está aquí tu primita, eh?

LAURA ¿La conoce usted?

FÉLIX Sí, sí... Me acuerdo perfectamente. Es una muchacha monísima. He de pasar luego á saludarla.

LUIS Como quieras.

LAURA ¿Qué, también usted entiende de modas?

FÉLIX Ni una palabra. Me entretenía en comparar, en la imaginación, la esbeltez artificial, á veces ridícula, de estos talles que tanto cautivan á ustedes hoy, con las bellezas mayestáticas y arrogantes de la antigua Grecia floreciente.

¡Como si la gallardía consistiera en una cintura inverosímil, y en la desviación, antinatural y caprichosa, de todas las curvas. Están ustedes, es decir, la Moda tirana, echando á perder la admirable pureza de líneas del cuerpo femenino!

LAURA Es usted lo mismo que Luis. Bien se conoce que han sido buenos camaradas.

FÉLIX Excelentes.

LAURA Siempre soñando, siempre viajando por las nubes... De la más mínima cosa toman pretexto para hablar de Arte. Para eso, para el amor al Arte, son ustedes... no sé cómo decir... intransigentes, egoistas.

LUIS Es que el Arte es lo único grande de la vida... No seas vulgar... (Malhumorado) Y ya puedes irte con mi primita, que te esperará para consultarte sobre alguna «confección», como ella dice.

LAURA ¿Estás enfadado? (Sonriendo.)

LUIS ¿No ves que no?

LAURA ¿Sabes algo de Barcelona?

LUIS Nada. Ignoro la suerte que he tenido.

LAURA (A Félix.) Caballero... Me ha proporcionado una satisfacción conocerle...

FÉLIX A los pies de usted... Agradezco su bondad...

LAURA Ya diré á Merceditas que está usted aquí. (Mutis por la izquierda.)

ESCENA IV

FÉLIX y LUIS

FÉLIX (Quédase contemplando á Laura hasta que ésta desaparece y dice, como hablando consigo mismo:) Bien. Está bien. Con túnica griega, y coronada de verbenas un buen modelo...

LUIS ¿Qué te parece mi mujer?

FÉLIX Es muy simpática, muy amable. Y ya, ya veo que no es aficionada á figurines.

LUIS Repito que no con exceso. Ha sido una casualidad... Como Merceditas es así...

FÉLIX Y ¿qué tal tu mujer en cuanto á gusto literario?

LUIS No mal del todo. Antes leía con fruición á Pérez Escrich; ahora, gracias á mí, prefiere *Pepita Jiménez* á *El corazón en la mano*. Versos le agradan todos, aunque sean cursis, aunque estén mal medidos y mal rimados. No tiene ella la culpa. En casa de sus padres nadie se ocupó en darle educación literaria; en el Colegio, el primer rudimento que de lenguaje poético tuvo, fué el *Todo fiel cristiano—está muy obligado*... Le dijeron que *eso* era verso... y se lo creyó.

FÉLIX Como creerá que son arte las obras de la moderna estatuaria religiosa. Ya no se modelan Cristos como los de Gregorio Hernández, ni Dolorosas como las de Juni, en las que resplandece la expresión mística. Ahora son las efigies de moda las de cartón-piedra, que parecen de pastaflora y anilina; esas esculturas del Corazón de Jesús con la barba rizadita pulcramente como la de un *dandy* y los ropajes atildados y simétricos, como en maniquí de modista... ¡Verdaderos delitos de lesa divinidad..! En fin me pone de mal humor hablar de estas cosas... Y á tí también te veo inquieto, desasosegado... ¿Qué te ocurre?

LUIS Me intranquiliza no tener noticias de Barcelona. Anteanoche debió de estrenarse en Eldorado una comedia mía.

FÉLIX ¡Hola! Nada me habías dicho.

LUIS Una comedia, *Ideales gloriosos*, en la que tengo grandes esperanzas, porque la escribí de corazón, porque volqué en ella toda mi alma de artista.

FÉLIX ¿Y nada sabes del resultado?

LUIS Encargué á un amigo que me telegrafiara, pero aun no he recibido noticia alguna.

FÉLIX Debiste asistir al estreno.

LUIS Estoy ensayando otra en la Princesa.

FÉLIX Y ¿te quejas de que tardas en llegar?

ESCENA V

Dichos, DON PACO. (Este es un cincuentón alegre, calavera de toda la vida y solterón recalcitrante. Viene vestido con un verde y ceñido gabán y en toda su indumentaria descúbrese la pátina de luengos años de servicios Siempre hay en su gesto cierta malicia, mezcla de socarronería y liviandad. Es una de sus manías tararear canciones del género ínfimo Tiene su risita característica. Se recomienda al actor que no exagere el tipo —Viene, tras el criado, por el foro.)

CRIADO (A don Paco) Sí... debe de estar... Pase usted. (Mutis)

PACO Muy buenas tardes, ilustre artista...

LUIS Don Paco...

PACO (Reparando en Félix) ¡Amigo Roldán! ¡Usted por aquí!

FÉLIX El famoso don Paco.

PACO ¡Cuánto me alegro!

FÉLIX Y yo, y yo. Si casi no nos conocemos.

PACO A reanudar las antiguas amistades, ¿eh? Siempre tan chiflados.

LUIS ¿Sabes lo que pienso? Mientras tú charlas con don Paco, voy yo á casa de nuestro amigo Funoll El recibe un diario de Barcelona. Así saldré de dudas. ¿Perdóname, eh?

FÉLIX Pues no faltaba más...

LUIS No te vayas Vuelvo en seguida.

FÉLIX ¡Que nos traigas buenas noticias! (Mutis Luis or el foro)

ESCENA VI

FÉLIX, don PACO

PACO ¡Caramba, caramba! Con que ¿cuánto tiempo ha estado usted por esos mundos de Dios?

FÉLIX Más de cuatro años. Siguiendo el camino del Arte.

PACO Ya sabe usted que yo soy profano. A mí, déme usted el Arte, sí; pero plástico, al natural. Todas las noches voy al Cómico.

FÉLIX ¿Todavía?

PACO — Me entusiasma aquello de «Celestino se llama mi novio—Celestino, Celestino...» (*Tarareando, pésimamente.*)

FÉLIX — ¡Pero, hombre!

PACO — Y aquello otro de «Porque la gorda, la gorda, la gorda, ni se mueve, ni se moverá...» (*Igual.*)

FÉLIX — ¿La... sicalipsis?

PACO — Eso, eso. La sicalipsis... Y lo demás es gana de perder el tiempo. Usted, que es aficionado á las esculturas, si viera el coro de tiples vestidas de... Bueno, sin vestir. ¡El delirio!

FÉLIX — Es usted incorregible.

PACO — ¡Qué caramba! Hay que pasar la vida lo mejor que se pueda... ¿Sabe usted si está aquí mi sobrino?

FÉLIX — ¿Quién?

PACO — Juanito, Juanito Peñalba, un aprendiz de literato, que está también destornillado.

FÉLIX — ¡Ah, sí! Está ahí dentro... Luis le protege mucho.

PACO — Ya, ya lo sé. ¡Chifladuras!

FÉLIX — No, carácter, temperamento... Es nuestra afición que nos impulsa, como la de usted le arrastra á darse buena vida, á comer como un sibarita y á ir al Cómico por las noches. Genio y figura...

PACO — Claro... Cada cual con sus gustos.

FÉLIX — Y usted con su gabán, con su insustituible verde gabán. Porque... es el mismo ¿verdad?... Aquél...

PACO — Sí: es decir... tanto como el mismo... Le he dado la vuelta. Lo que había de pagar al sastre por otro nuevo, lo gasto en divertirme. ¡Qué caramba! A mí no me gusta presumir.

FÉLIX — De elegante, ya se ve que no. Pero ¿y de tenorio?

PACO — ¡Pchs! Se hace lo que se puede... A propósito: ¿usted ha reparado en la cocinera de esta casa?

FÉLIX — No...

PACO — ¡Una real moza! Metidita en carnes como á mí me convienen... Si se atreviese usted, nos íbamos á la cocina.

FÉLIX ¡Hombre, por Dios!

PACO Le advierto á usted que es una de esas... «Porque la gorda, la gorda..» Pero ¡cómo ha de ser! Uno de los mandamientos de la Ley de Dios es «no desear la criada de tu prójimo»... Voy con su permiso á ver á Juanito... Tengo que hablarle.

FÉLIX Como usted quiera.

PACO No deje usted de fijarse en la fámula. Verá usted qué turgente es, qué exteriorización de músculos.

FÉLIX ¡Este don Paco! (Viéndole que marcha hacia el foro.) Eh!... Me parece que por ahí se va á la cocina.

PACO ¿A la cocina? No importa. Hay comunicación. (Se va por el foro, tarareando:) «Porque la gorda, la gorda, la gorda...»

ESCENA VII

FÉLIX y MERCEDITAS

(Va Félix á entrar por la izquierda, al mismo tiempo que sale Merceditas, una linda muchacha, ingenuamente alocada. Habla de prisa y con amable volubilidad. Su traje y sombrero son de irreprochable buen gusto)

MERC. ¡Félix!

FÉLIX ¡Merceditas!

MERC. En busca de usted venía.

FÉLIX Y yo iba también á saludarla.

MERC. ¡Qué amable es usted!

FÉLIX Y usted ¡qué bonita!

MERC. Y usted ¡qué galante!... ¡Ah! Que sea enhorabuena.

FÉLIX Mil gracias... Sigue usted tan simpática como antes... acaso más...

MERC. No es de esa opinión mi primito

FÉLIX Luis es un exaltado.

MERC. Eso digo yo. No soy santa de su devoción. Y todo porque no le aplaudo las tonterías que escribe y porque me gusta vestir como corresponde á una señorita de buen tono. ¿No le parece á usted?

FÉLIX — Evidentemente.

MERC. — A mí me trae frita con sus literaturas y sus librotes. El otro día se empeñó en que tengo que estudiar Gramática. ¡Figúrese usted qué atrocidad! ¿Para qué tendré yo necesidad de saber Gramática? Porque será una cosa muy importante, no lo niego—¡líbreme Dios!—Pero á mí no me hace falta para nada. ¿Y á usted?

FÉLIX — ¿A mí? Para nada, absolutamente.

MERC. — ¡Gracias á Dios que encuentro una persona razonable! ¡La Gramática! ¡Valiente sosería! Que si el presente, que si el futuro, que si la conjunción, que si los adverbios han de estar en genitivo ó en acusativo... ¡Le digo á usted que no lo entiendo!

FÉLIX — Ya, ya...

MERC. — Mire usted: cuando yo iba al Colegio de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, ¡los berrinches que me hacía pasar la dichosa Gramática! Nunca pude pasar del pretérito pluscuamperfecto... Y no está bien que lo diga yo... pero tenía mucha disposición para otras cosas, y sabía dividir por tres cifras, y casi todas las provincias de España por orden alfabético, y la lista de los reyes godos, á pesar de ser unos nombrajos tan raros, que parece que entonces se entretenían en Palacio en poner motes á los Reyes... ¡Los reyes godos! Ya se me han olvidado... No me acuerdo más que de Abderramán... Y para las labores ¡para las labores era yo una especialidad! ¿Ve usted este cuello, todo de encaje *frivolité*? Pues uno igualito igualito, sólo que era un poco diferente, me hice yo en el Colegio de Nuestra Señora de... (interrumpiéndose) ¡Ay! Pero si ya no recuerdo qué le estaba contando á usted.... ¿A donde llegábamos?

FÉLIX — Llegaba usted... al pretérito pluscuamperfecto.

MERC. — ¡Ay, sí! ¡Malditos verbos! ¡Cuántos coscorrones me tiene dados la madre Purificación, que era una vascongada carrilluda y fosca, que seme-

peñaba en enseñarnos Gramática y no sabía castellano! La madre «Gruñe-gruñe» la llamábamos las mediopensionistas. Pues Luis se pone tan pesado como aquella monja. Me decía ayer, en tono enfático, como de orador de Ateneo: Cabecita loca, ¿quién va á quererte á tí, qué hombre va á cargar contigo —así, cargar, como si yo fuera un fardo — cuando se entere de que no sabes ni siquiera las conjugaciones? — Y yo creo que para decir: «¿Me quieres mucho? Te quiero mucho. Nos querremos más, nos vamos á querer toda la vida...» no hace falta estudiar Gramática.

FÉLIX No, no hace falta. Y menos á usted, que... no sabrá los verbos, pero sí conjugar el de «querer» en todos sus tiempos, números y personas.

MERC. ¿Yo?

FÉLIX Ahora mismo.

MERC. Pues mire usted... no me he dado cuenta.

FÉLIX Mayor mérito. Se conoce que lleva usted en sí el germen de la conjugación espontánea.

MERC. Eso será.

FÉLIX Pero le hace á usted falta la colaboración.

MERC. No le entiendo á usted.

FÉLIX Necesita usted quien la ayude á conjugar.

MERC. ¡Ah, vamos, ya voy entendiendo!

FÉLIX Y me entendería usted mejor de seguir charlando.

MERC. ¿Acabaría por entenderle del todo?

FÉLIX Observe usted que no hacemos otra cosa que conjugar.

MERC. Con-jugar... Es decir, jugar juntos.

FÉLIX Tiene usted donosa manera de descomponer los verbos compuestos. No sé cómo se las compone usted.

MERC. Me las compongo divinamente.

FÉLIX Y siguen las conjugaciones. ¡Usted que odia la Gramática! Mire si sirven para algo.

MERC. Puede que haya estado yo engañada.

FÉLIX Sin duda, porque esta es una lección en toda regla.

MERC. Pero más agradable que las del Colegio de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro.

FÉLIX ¿Sí?

MERC. Sí; porque... (Interrumpiéndose, un poco turbada)

FÉLIX ¿Qué iba usted á decir?

MERC. Nada. Una cosa que se me había ocurrido.

FÉLIX ¿Qué es ello? Ya me ha puesto usted en cuidado.

MERC. Es que... Bueno, se lo diré... Pero ¡no se vaya usted á poner tonto!

FÉLIX Lo prometo.

MERC. Que... me resulta usted más simpático que la madre Purificación

FÉLIX Muchas gracias. ¿Pasaría usted conmigo del pretérito pluscuamperfecto?

MERC. ¡Quién sabe! Puede que llegara hasta el infinitivo...

ESCENA VIII

Dichos, LAURA, por la izquierda.

LAURA ¡Hola!.. ¿De conversación, eh?

FÉLIX Sí, sí. Y no desperdiciábamos el tiempo. ¿Verdad, Merceditas?

MERC. Al contrario; nos hemos entendido perfectamente.

LAURA Más vale así. Pero ¿será cosa de pensar en *algo* serio?

FÉLIX Es usted demasiado suspicaz.

MERC. Ya, ya. Estábamos... pasando el rato.

LAURA Es peligroso jugar al amor. Aunque ya sé por mi esposo que es usted un célibe convencido.

FÉLIX Si señora, un bohemio impenitente é incorregible.

MERC. (Algo contrariada y con intención) ¿Ves, Laura cómo sólo estábamos jugando?

FÉLIX Jugando... Y sin embargo, me parece usted tan adorable, que por usted hallaría justificadas todas las enormidades posibles: ¡hasta el casamiento!

MERC. ¡Si le oye á usted mi primo, que siempre me está diciendo que soy una tonta!

FÉLIX He de reprenderle la injusticia.

MERC. Y no conseguirá usted nada. ¿Verdad? (A Laura)

LAURA Mi marido es muy bueno, muy amante...; pero es algo raro. Aquella vida excitada de su mocedad y la fuerza de su imaginación han dejado huella en su carácter...

FÉLIX No sabe, por lo visto, acomodarse al medio ambiente, vivir «lo humano» de la vida.

MERC. Diga usted que siempre ha sido lo mismo. Cuando eran novios, escribía á ésta unas cartas... Iguales que novelas. No se parecían á las que me mandaba, durante los diecisiete días que estuvimos en relaciones, Enriquito Méndez, el hijo del banquero del principal de la casa de al lado de la nuestra... ¡Aquellas eran cartas!:—«Vidita: Te quiero mucho. ¡Qué vestido tan mono llevabas anoche! Pero me gustó más aquel otro blanco-hueso, con aplicaciones *quipur*. ¿Dónde has comprado ese cinturón?»— En fin, cosas que agradan. ¡Tonterías! Ya se sabe que los novios no se dicen más que tonterías.

FÉLIX Le escribiría á usted versos.

MERC. Sí, versos; en los abanicos.

FÉLIX Y le diría que tenía envidia del aire, y celos del «país» y hasta de las varillas...

MERC. ¡Ay, sí, sí! ¿Cómo sabe usted?

FÉLIX Conozco los asuntos. Yo también he escrito cosas análogas.

LAURA ¿También es usted poeta?

FÉLIX No; pero para abanicos y tarjetas postales ¿quién no ha hecho versos? Y á usted (á Merceditas) ¿por qué no le gustan los de Luis?

MERC. Porque no los entiendo. Son muy extravagantes.

FÉLIX De forma helénica.

MERC. Hele... ¿qué?

FÉLIX De corte griego.

MERC. ¿Griego, eh? Ya se conoce. Pero ahora estamos en España, y debiera escribir en castellano...

En fin, me tiene sin cuidado todo lo que me dice.

LAURA A tí, sí. Yo soy la que sufro cuando me reprocha. ¡Yo, que sobrepongo el cariño á todas las cosas de la vida!... Luis...

ESCENA IX

Dichos, LUIS, (Por el foro. Viene abatido. inmutado. Entra en el gabinete, masculla un saludo rápido, arroja en una silla el sombrero y se deja caer en otra.)

LAURA ¿Qué tienes, Luis? ¿Vienes incomodado?

FÉLIX ¿Qué te pasa?

LUIS Nada.

MERC. ¡Ay hijo qué cara traes!

LUIS (Alargando á Félix un periódico, que saca del bolsillo.) Lee... Ahí.... «El estreno de anoche».

FÉLIX (Después de leer para sí rápidamente.) ¡Ha fracasado!

LAURA (Yendo, cariñosa á su lado.) ¡Luis!

LUIS Déjame... ¡Adiós esperanzas!

MERC. ¿Qué dice el periódico?

FÉLIX (Leyendo.) «*Ideales gloriosos* no logró convencer al público. Es la obra de un poeta, de un poeta de talento innegable»... ¿Has visto? ¡De talento innegable!

LUIS Sí, sí... Continúa leyendo.

FÉLIX ...«Que siente lo bello intensamente: quizá én lo exagerado de esa intensidad está el secreto del fracaso. No es una obra humana. Es un poema dialogado. Y el público se aburre con esa poesía en representación».

MERC. ¡Lo que yo digo!

LAURA ¡Calla, Mercedes!

FÉLIX «Perjudica á la comedia el lirismo del diálogo, lo simbólico de los caracteres. Por otro camino, el autor de *Ideales gloriosos* alcanzará éxitos y renombre; estudie la vida, llévela al teatro, y entonces batiremos palmas en su honor. Hoy hemos de coincidir el público y los críticos. Y ya se vió claro lo que el público

pensó anoche». (Pausa.) No te aflijas, hombre, no te aflijas. ¿Para cuando dejas tus energías y tus arrestos?

LUIS No puedo evitarlo. Las alegrías me vigorizan, me ponen los nervios en tensión. Las amarguras me dejan el ánimo flojo y destemplado... Ya sabes que siempre he sido así.

LAURA Debieras animarte. ¿No ves cómo te ensalza la crítica?

LUIS Sí. La píldora que se dora y se endulza, para que no se vea lo negro del brevaje ni se guste el acíbar de la sátira... No me seducen los aplausos condicionales.

MERC. La verdad es que da mucha tristeza eso de haber estado trabajando inútilmente. Y es que el público es como Dios le ha hecho... Una noche vi yo un pateo en la Zarzuela... ¡Vaya una bronca que se armó! Yo no me enteré de la función que echaban. Fuí porque sabía que iba á asistir un teniente de lanceros del Rey, que me hacía el amor entonces... Llevaba yo un traje precioso: fantasía color marrón con adornos de raso *liberty* y las mangas «plisadas». ¡Le gusté, vaya si le gusté!... ¡Ay! Pero si no me hacen ustedes caso! (Luis, Félix y Laura forman un grupo, al que se acerca entonces Mercedes.)

ESCENA X

Dichos, don PACO

PACO ¡Ah, cuánto bueno por aquí!... Pero observo que están ustedes con cara de pocos amigos.

MERC. No es nada. Es decir, sí hay motivo de disgusto.

PACO ¿La comedia de Barcelona?

MERC. Justamente. No ha dado gusto al respetable público.

PACO ¡Caramba, lo siento! Créeme, Luis, que lo siento mucho. Pero esto ya lo veía yo venir.

Ha faltado aquello de... (Ademán de bailar el ca vallk.)

LUIS ¿Quiere usted callarse?

MERC. (Que se ha puesto á mirar la Revista de Modas que estaba sobre la mesa.) Este, este sombrero me gusta. Sólo que con un lazo de Nansú, muy grande, muy grande, muy grande; y con una amazona muy blanca, muy blanca, muy blanca. Mira, Laurita...

LAURA Déjame.

MERC ¡Ay, hija! Usted, Félix. (Le da la Revista.) ¿Le gusta?

FÉLIX ¡Lo que yo digo! ¡La dislocación de todas las curvas!

PACO (Rápido.) ¿Qué es eso de curvas? A ver, á ver... Igual que este traje es el que saca la Gutiérrez en «El árbol del Edén». Pero con menos tela—¿sabe usted?—¡con mucha menos tela!—¡Aquello sí que es la dislocación!... En fin, voy á ver si viene Juanito, que se va haciendo tarde.

FÉLIX Pero don Paco ¿qué tiene usted en la cara?...

PACO Nada... el calor del fogón... ¿Qué le parece á usted la Antonia?

FÉLIX ¿Quién?

PACO La fregatriz... la cocinera.

FÉLIX ¡Ah! ya... sí.

PACO ¡Superior, caramba, superior! Es muy exuberante, muy fuerte, muy mórbida... Una Agustina de Aragón. (Marcha al despacho.)

ESCENA XI

Dichos. menos don PACO.

MERC. Pero, hombre, no te enfades conmigo. No parece sino que tengo yo la culpa.

LUIS Eres muy imprudente.

LAURA Eres .. una locuela. ¿No ves que está disgustado?

MERC. Pues que no pague la rabia conmigo. Ya, ya me marcho. Y no sé cuándo volveré á venir

á esta casa. Si no fuera por tí... (A Laura) Félix...

FÉLIX Adiós, linda Mercedes... Acuérdese de la leccioncita de esta tarde.

MERC. No la olvidaré. Y eso que no me ha convencido.

FÉLIX ¿No?

MERC. Tanta Gramática, tanta Gramática, y luego... para que suceda lo que en Barcelona... Adiós, primito... Y escribe otra obra.... Escríbela. (Irónicamente. Sale, riendo, por la izquierda. La acompaña Laura.)

ESCENA XII

FÉLIX, LUIS, Don PACO y PEÑALBA (por la derecha.)

PEÑALBA Don Luis... Acaba de decirme mi tío que la... Es una lástima... Lo lamento... Con sinceridad...

LUIS Le agradezco la compasión.

PEÑALBA Será una comedia muy literaria. ¿Quién lo duda? Pero... el teatro es tan convencional.. Ha habido grandes poetas que en la escena no han acertado.

LUIS Cree usted que debe aconsejarme?

PEÑALBA No, de ningún modo. Pero ha hecho usted mal en no estrenarla en Madrid. ¡Si en provincias no se hace nada!

PACO (A Luis, despidiéndose.) Ya sabes lo que te tengo dicho: nada de literaturas ni de pamplinas. ¡La sicalipsis, la sicalipsis! Decoraciones, bengalas y tangos. Aquello de: «Ya estoy *tostao*—volverme del otro *lao...*»

PEÑALBA Don Luis... Si no quiere usted molestarse en leer el entremés, le recogeré...

LUIS ¡Ah! ¿*Ya* no quiere usted que lo lea?

PEÑALBA No, no es eso... se lo dejaré... Yo, por evitarle esa molestia. No tendrá usted gusto para nada... Buenas tardes.

LUIS Vaya usted con Dios.

PACO (A Félix.) Adiós, bohemio ilustre.

FÉLIX Don Paco...

PACO Y no deje usted de ir á ver «El árbol del Edén».

FÉLIX Ya veo que le gusta á usted andarse por las ramas.

PACO ¡Pchs! ¡Se hace lo que se puede! (Mutis por el foro don Paco y Peñalba.)

ESCENA XIII.

FÉLIX y LUIS

FÉLIX (Tras una pausa.) No les hagas caso. Son seres vulgares, almas plebeyas, cerradas á toda idea elevada y augusta.

LUIS Sólo tú podrás consolarme. Tú, que posees un espíritu grande, como el mío.

FÉLIX Sí, yo sí. Yo que te digo: sobreponte á la amargura de esta derrota y espera el triunfo decisivo de tu carrera. Tienes talento y lo conseguirás.

LUIS Gracias, Félix. Tus palabras me hacen mucho bien. En cambio, no sabes lo que me molesta mi primita con su charla superficial; don Paco con sus repulsivas aficiones al teatro prostituído. Ni siquiera en Laura puedo encontrar alivio. ¡Vulgaridad, vulgaridad por todas partes!.. Todo almas vulgares.

FÉLIX Y ¿dónde dejas á ese literatuelo provinciano, al tal Peñalba? ¡Qué ridícula es su vanidad!... Anda, protege, protege á los que empiezan. ¡Debes protegerlos!

LUIS Un desengaño más... !Bah!

FÉLIX (Hojeando el diario barcelonés) Después de todo, el fracaso no ha sido ruidoso. Tal vez ni siquiera merece el nombre de fracaso. El articulista reconoce en tí aptitudes envidiables. (Sigue leyendo, á trechos, el periódico)

LUIS Pero ¡tenía tanto interés por esa comedia! ¡La obra de mis mayores cariños! (Pausa)

FÉLIX (Con alegría espontánea, impulsiva) Mira, mira... Aquí hablan de mí. ¿Ves? En este artículo: «Juventud triunfante: el escultor Roldán.» Habla de un tríptico que vendí en Barcelona á los condes de Navafría.... A ver... (Lee para sí, gozoso) ¡Chico, vaya un *bombo!* ¡Y no conozco al crítico! Le habrán gustado las estatuas... Lee, lee...

LUIS (Leyendo, con indiferencia) «Delicadeza en los contornos, verdad admirable en la musculatura... expresión majestuosa en los rostros...» Sí, sí... ¡Que sea enhorabuena!

FÉLIX Gracias, amigo poeta. Es para mí un éxito... Fíjate en lo que añade más abajo... aquí...

LUIS Ya lo he visto, hombre, ya lo he visto. Y ya te he dado la enhorabuena. ¿Qué más quieres?

FÉLIX (Mirándole fijamente) ¿Luis... qué es eso?... ¿En qué piensas?

LUIS Pienso... en que también tu alma es pequeña.

FÉLIX ¿Eh?

LUIS Como todos los que me rodean, también tú eres vulgar.

FÉLIX ¿Por qué dices eso?

LUIS Porque estás viéndome abrumado bajo la pesadumbre de una ilusión rota, y parece que te deleitas en saborear, en paladear ante mí tu triunfo, restregándome por los ojos ese papel en que á tí te ensalzan y á mí me zarandean... ¡Sí, sí que tienes un gran corazón!

FÉLIX Eres injusto. Muy injusto. No he pretendido molestarte.

LUIS Pero me has molestado. Es igual.

FÉLIX Si no te conociera, diría...

LUIS (Bruscamente) ¿Qué?

FÉLIX (Igual) Que tienes envidia.

LUIS Y yo, conociéndote, afirmo que no sé cuál es peor: si ser envidioso ó ser soberbio.

FÉLIX Luis, estás ofendiéndome.

LUIS De tí ha partido la ofensa.

FÉLIX Eres excesivamente impresionable.

LUIS Y tú extremadamenta vanidoso.

FÉLIX Tu vanidad herida es la que te hace hablar así.

LUIS Acabemos. Tú tienes la ventaja de que califi-

quen tus obras los críticos, los inteligentes, que aman y aprecian el verdadero Arte. Las mías, las juzga un público profano... casi diría analfabeto.

FÉLIX ¡Ah... crees tú que el público de Barcelona se ha equivocado, cuando eres tú quien ha sufrido el error? Mira si hacía yo bien en hablar de rasguños de amor propio.

LUIS No es esta ocasión de discutir mi obra, que ni siquiera conoces. Muy pronto te has crecido, y eso es peligroso, porque pudiera aumentar la gravedad de la caída.

FÉLIX ¿Te eriges en profeta sombrío? Porque te advierto que no creo en augurios disparatados.

LUIS No quiero escucharte siquiera. ¿Me entiendes?

FÉLIX Te vas poniendo insoportable. Sospecho que tu mujer está harta de sufrirte.

LUIS Ni consiento que me hables de ella. ¿Lo oyes?

FÉLIX ¿Ahora la defiendes?

LUIS Siquiera ha sido discreta; se ha marchado para no mortificarme... No me importuna (Con intención)

FÉLIX Adivino lo que quieres decirme. Que te estoy estorbando. Que me vaya. ¿Verdad? Pues ya me voy. Quédate con Dios.

LUIS (Irónico, alargándole el diario) Llévate el periódico.

FÉLIX (Cogiendo el papel, le arroja con rabia sobre la mesa.) ¡No lo quiero! ¡Guárdatelo! (Luis se levanta trémulo. Félix le mira, con mirada un poco altanera y un poco despectiva. Con un gesto desdeñoso, vase)

LUIS (Con amargura.) ¡Mi mejor amigo!

ESCENA ULTIMA

LUIS, LAURA.

(Luis siéntase con abatimiento y queda en actitud reflexiva. A poco aparece Laura, por la izquierda. Avanza despacio y sin que él lo advierta, hasta colocarse á su lado. Le habla con ternura espontánea y honda

LAURA ¡Luis!

LUIS Déjame en paz.

LAURA ¿No quieres que te haga compañía un rato?

LUIS No.

LAURA ¿Estás triste?

LUIS Sí.

LAURA ¿Quieres que te consuele yo?

LUIS No sabrías.

LAURA Y ¿por qué no?

LUIS He dicho que me dejes en paz.

LAURA Bien. Me voy. Ya sé que te molesto. (Se va retirando, pero con poquísima gana de abandonarle.)

LUIS (Alzando la vista.) Laura...

LAURA (Muy vivamente.) ¿Qué?

LUIS Ven aquí. (Laura se acerca.) Para decirte que... tanto como molestarme, no me molestas.

LAURA Entonces... ¿me siento...? ¿A tu lado?

LUIS Haz lo que gustes.

LAURA (Se sienta cerca de él.) ¡Venía á hablarte de tantas cosas... (Pausa, durante la cual espera Laura que la hable su marido. Como éste permanece callado, agrega ella:) ¡Y muy interesantes!

LUIS Me lo figuro. De trajes, de joyas, de paseos, de un nuevo modelo de sillería para tu gabinete... Sé los temas preferidos de tus conversaciones.

LAURA ¡Luis!

LUIS Déjame... Tú no me comprendes, no me comprenderás nunca.

LAURA No te sobresaltes.

LUIS Nuestras almas no son gemelas, no es tu espíritu fino, selecto, aristocrático, como yo le soñé, como le quise en el fervor de mi ardimiento.

LAURA Luis... no me hables así. Me haces daño cuando te exaltas. Tú vives á veces en un mundo de quimeras y yo quisiera verte siempre dentro de la realidad de la vida... Es que no me quieres... ¡que, acaso, nunca me has querido!

LUIS Eso no, Laura; eso, no.

LAURA No usas conmigo el lenguaje llano del cariño, que es sinceridad. Cuando me hablas, diríase que rebuscas las frases, como si estuvieses haciendo versos... ¿Es que también es fingimiento tu cariño?

LUIS ¡Es que vivo más alto que tú!

LAURA Y ¿por qué no desciendes hasta mí?

LUIS Y ¿por qué no subes tú hasta donde yo estoy?

LAURA Partamos la distancia y nos hallaremos en el camino.

LUIS Haremos la prueba.

LAURA ¿Me escuchas lo que venía á decirte?

LUIS Habla.

LAURA No me salgas luego diciendo que es una simpleza.

LUIS Según.

LAURA Se trata de Luisín.

LUIS (Algo sobresaltado.) El niño... ¿Qué? ¿Está enfermo?

LAURA No... Está bueno, muy bueno. Ha salido de paseo con Baltasara. ¡Como está la tarde tan hermosa! Pues cuando estaba vistiéndole para que saliera, se me ocurrió preguntarle: ¿Y papá? ¿Dónde está papá? Y él entonces empezó á reir, á reir locamente, y á repetir: papá, papá. Pero no como antes, que apenas se le entendía, y había que poner todo nuestro cariño de padres para adivinarlo; sino claramente, apretando mucho los labios, así: ¡Pa-pá, pa-pá! Como yo lo pronuncio.

LUIS ¡Hijo mío! ¿Por qué no le trajiste?

LAURA Noté que estabas malhumorado.

LUIS Pues por lo mismo; el niño hubiera disipado mi murria.

LAURA Además, en seguida se enfadó. Se empeñó en que le hacía daño el abriguito. Y se echó á llorar ¡con unas ganas! Buen rato se llevó gruñendo como un berraquito. Pero después, se puso más contento y más guapo!

LUIS ¡Es muy hermoso nuestro hijo!

LAURA El más hermoso de Madrid.

LUIS ¡De toda España!

LAURA ¡De todo el mundo! Con aquella carita tan risueña y tan zaragatera...

LUIS Y con aquellos mechoncitos blondos, que parecen de seda en capullo... Es tan bonito como tú.

LAURA No, no... ¡Mucho más que yo!

LUIS Igual que tú.

LAURA Bien, pues igual que yo. Por eso no hemos de reñir.

LUIS Por él trabajo con ardor. Por legarle un nombre glorioso lucho tenazmente, sin tregua...

LAURA Segun va creciendo, se va poniendo más hermoso.

LUIS ¡Tengo más ganas de que corra, y salte, y dé mucha guerra!

LAURA ¡Justo; para que nos estropee los muebles y rompa los cristales, y lo ponga todo perdido!

LUIS ¿Eso qué importa? Con tal que el chico se divierta!

LAURA No le mimes demasiado, que va á resultar desobediente y voluntarioso.

LUIS ¡Si tú eres quien le mima!

LAURA No, tú.

LUIS Tú.

LUIS Y LAURA Los dos (Breve pausa, tras la cual suelta Laura una franca risotada.)

LUIS ¿De qué te ríes?

LAURA Me río de tí.

LUIS ¿De mí?

LAURA Sí. De que te he hecho abandonar tus encumbradas posiciones y humillarte hasta lo ínfimo de mis vulgaridades. Has capitulado vergonzosamente.

LUIS ¿Yo?

LAURA Sí, hombre, sí. Tú. «Que el niño ha dicho papá, que ha llorado, que se ha reído»... ¡Qué cosas tan vulgares, ¿verdad? Todo el mundo habla de ellas. Y sin embargo, nos han proporcionado materia para charlar un rato, sin necesidad de remontarnos á regiones inexplorables.

LUIS ¡Hablábamos de nuestro hijo!

LAURA Otras veces te hablo de mi cariño, y me rechazas.

LUIS Laura...

LAURA Dices que yo no te comprendo, y tú haces muy poco para comprenderme. Escúchame, Luis. Yo no quiero ser para tí una musa ideal, ni siquiera una mujer superior. Con ser ¡tu esposa! me basta. Para ser felices no necesitas

hablarme de tus abstracciones poéticas, ni de tus extrañas visiones de Arte, que yo no alcanzo á desentrañar. Habla de literatura en el Ateneo, con tus maestros, con tus amigos, con quienes puedas discutir, de quienes puedas aprender. Y cuando una pena, como ahora, venga á ponerte triste, á nadie acudas sino á mí, que en mi cariño hallarás el alivio que buscas.

LUIS El cariño... ¡qué cosa tan grande es el cariño!

LAURA Serán... trivialidades, cursilerías, como quieras llamarlo.

LUIS No, no lo son. Hay en tus palabras no sé que ignorada dulzura...

LAURA La dulzura de la sinceridad y del amor. Yo también anhelo tus triunfos y tu gloria, porque en cierto modo los considero como míos... No te desalientes. Espera que venga un éxito á resarcirte...

LUIS Sí, Laura, sí. Trabajaré. Y buscaré en tí la inspiración, como la busqué siempre.

LAURA Y hallarás en mis brazos quietud y en mis manos caricias.

LUIS Y en tus ojos el fulgor vibrante del amor... ¡Mírame, Laura!

LAURA ¡Luis! ¿Me llamarás alma vulgar? ¿No me respondes? ¿Qué almas son, para tí, las vulgares?

LUIS Las almas pequeñas.

LAURA Pues para mí, las almas pequeñas son... ¡las que no saben amar!... ¿Qué piensas de mí?

LUIS ¡Que tienes el alma muy grande!

LAURA ¡Eso, sí; porque te quiero con toda mi alma!

(Se abrazan. La luz del amor, que vibra en los ojos de Laura penetra como un raudal de consuelo en el alma del poeta)

TELÓN

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Ilusiones de niña, monólogo en prosa. (Agotado.)

Flor de vida, poesías con un prólogo de José Rodao.



Precio: UNA peseta.

